

8. Reflexiones finales



OSCAR FERNANDO LÓPEZ MERAZ*

MARÍA BERTHA FORTOUL OLLIVIER**

AURELIO VÁZQUEZ RAMOS***

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.431.07.01>

La identidad docente no sólo es un concepto que ha ganado centralidad en las últimas décadas, incluso avanzando hacia la identidad profesional docente. Su análisis se ha dado desde la literatura académica, las políticas educativas y los mapas curriculares, pero también desde la transformación de las prácticas formativas. Un cambio trascendental ha sido desplazar del proceso de la formación docente un sentido técnico-instrumentalista hacia uno dirigido a prácticas sociales en donde participan discursos oficiales, representaciones sociales, emociones, requerimientos sociales, trayectorias biográficas, y dispositivos institucionales, entre otros elementos.

En esto existen aún muchos esfuerzos pendientes para construir una reflexión plural (desde bases teóricas, metodológicas y empíricas sólidas) sobre cómo se forma al profesorado mexicano. Por ello, el análisis de los modelos formativos y las narrativas del estudiantado y profesorado normalista son trascendentales, como lo es también la comunicación horizontal entre quienes laboran en todas las instituciones formadoras y las escuelas de práctica, además de incorporar a autoridades y otros integrantes de las comunidades educativas que son, a la vez, formativas.

* Doctor en Historia y Estudios Regionales. Docente-Investigador de la Universidad Pedagógica Veracruzana, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1185-6424>

** Doctora en educación. Profesora-investigadora de la Universidad La Salle México. <https://orcid.org/0000-0002-5178-7769>

*** Doctor en Educación. Académico de la Universidad Veracruzana, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5669-4852>

No hay duda de que aún existen vacíos en la investigación sobre la identidad y la formación docente. Uno de ellos pasa por conocer cómo los futuros maestros reinterpretan sus experiencias, individual y colectivamente, en marcos institucionales, sociales y culturales específicos durante sus procesos formativos. Otro tema relevante es identificar el origen y la actualización de diferentes modelos educativos para tener en la identidad docente una profundidad histórica.

Desde ahí se podrían comprender mejor cómo el *ethos* y el *habitus* docente responden a elementos éticos y lenguajes profesionales, estructuras motivacionales, aspiraciones laborales, exigencias pedagógicas que corresponden a momentos históricos específicos. Esto facilitará el desarrollo de una conciencia histórica que, a su vez, permitirá la construcción de una identidad gremial y, al mismo tiempo, reconocer las diferencias correspondientes a los sectores que integran al magisterio para construir estrategias contextualizadas que mejoren la educación.

También es necesario conocer cómo los procesos de formación están dirigidos por prácticas de sujeción, pero también de resistencia, en donde la “verdad” del ser docente no existe unidireccionalmente y permite una cuestión central: ¿qué significado de este agente se privilegia en cada espacio dedicado a su formación? Además, a este proceso hay que ubicarlo como un campo en disputa simbólica e institucional en la lucha por el reconocimiento de una carrera que requiere su profesionalización para estar más cerca de constituirse en un eje vertebral en la mejora de nuestras sociedades.